

Fe y devoción

San Jorge y Alcoy: 750 años de una historia compartida

Introducción

Hablar de fe y de devoción en Alcoy no es hacerlo desde la distancia ni desde la abstracción. Aquí, fe y devoción forman parte del paisaje humano, histórico y emocional de la ciudad. Fe y devoción están inscritas en su memoria colectiva, en sus tradiciones, en sus fiestas y en la manera en que generaciones enteras han comprendido su relación con lo trascendente. ¿Quién puede tratar de entender Alcoy sin “les pastorettes”, las famosas “burretes” que siguen al embajador y a las que echan las cartas el 4 de enero? ¿Sin la mágica cabalgata de los Reyes Magos con los pajes trepando por los balcones, el Jesuset del Miracle y su procesión por las calles de Alcoy en enero? ¿O quién reconocería Alcoy sin las fiestas de san Jorge, la romería a la Font Roja para honrar a la Virgen de los Lirios y tantos otros momentos que aúnan la fe y devoción al ser alcoyano?

La conmemoración del 750 aniversario de San Jorge como patrón de Alcoy no se limita al recuerdo de un acontecimiento del pasado, sino que invita a reconocer una relación viva, prolongada en el tiempo, que ha configurado profundamente la identidad del pueblo alcoyano. La devoción a San Jorge ha sido, durante siglos, uno de los principales espacios de ese encuentro para Alcoy, un lugar donde la fe se ha hecho visible, compartida y celebrada.

1. Fe y devoción: una distinción complementaria

Cuando me invitaron a dar esta conferencia en el ámbito del año jubilar por el 750 aniversario de la elección de san Jorge como patrono de Alcoy, me propusieron como título: Fe y devoción.

Es toda una responsabilidad pues como afirmaba don Jesús, vicario de la iglesia de Sant Jordi y asesor religioso de la Asociación de San Jorge, “agradezco al Papa León XIV la gracia de este año jubilar para acercarnos de un modo especial a Dios, por medio del testimonio del mártir San Jorge, y renovar así la Fe y devoción de nuestro pueblo alcoyano”.

Fe y devoción. Me ha parecido útil comenzar introduciendo brevemente ambos conceptos.

La fe es una luz que ilumina la existencia humana en su totalidad. Lejos de ser un sentimiento subjetivo o una huida de la razón, la fe nace del encuentro personal con Jesucristo, en quien Dios se revela como amor fiel.

Como señaló Benedicto XVI, la fe cristiana no es una idea heredada sin vida, sino una experiencia actual que transforma la existencia: “No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona”¹.

Esta luz no elimina las sombras del sufrimiento o de la duda, pero ofrece un horizonte de sentido que permite comprender la vida como vocación y camino. La fe, así entendida, es confianza en un Dios que actúa en la historia y que da solidez a la esperanza.

Al mismo tiempo, la fe tiene un carácter relacional y eclesial. Creer no es un acto aislado: la fe se recibe y se transmite dentro de la comunidad de la Iglesia, como una memoria viva que une pasado, presente y futuro. Por eso, la fe está estrechamente vinculada al testimonio, a la escucha de la Palabra y a los sacramentos. ¿Cómo no recordar aquí toda la labor maravillosa de los y las catequistas que en las diversas etapas de la vida cristiana nos ayudan a formarnos en el camino de la fe? Además, esta dimensión comunitaria protege a la fe del individualismo y la abre al diálogo con los demás, integrando razón y amor en la búsqueda de la verdad.

Finalmente, la fe tiene una dimensión social. Está encarnada en la vida cotidiana de las personas. Se vive en el mundo. Por eso, al iluminar la dignidad de la persona y el valor del amor al prójimo, la fe contribuye al bien común y orienta la vida social hacia la justicia, la solidaridad y la paz. La fe cristiana no se encierra en lo privado, sino que inspira una manera nueva de habitar el mundo, ofreciendo criterios éticos y esperanza para la construcción de una sociedad más humana.

En resumen, podríamos decir que la fe, en su sentido más profundo, es una actitud interior de confianza y adhesión a Dios. No se reduce a un conjunto de creencias intelectuales, sino que implica una relación personal y viva con Él. Como afirmaba papa Francisco: “la Iglesia, la gran familia de Dios, es la que nos lleva a Cristo. Nuestra fe no es una idea abstracta o una filosofía, sino la relación vital y plena con una persona: Jesucristo, el Hijo único de Dios que se hizo hombre, murió y resucitó para salvarnos y vive entre nosotros. ¿Dónde lo podemos encontrar? Lo encontramos en la Iglesia, en nuestra Santa Madre Iglesia jerárquica”².

La devoción, por su parte, es la expresión concreta y comunitaria de esa fe. A través de la devoción, la fe se traduce en gestos, símbolos, ritos, celebraciones y prácticas compartidas.

¹ Benedicto XVI, *Deus caritas est*, n. 1.

² Francisco, Homilía, 1.I.2015.

Es el lenguaje del pueblo creyente, una forma de encarnar lo invisible en la experiencia cotidiana.

Un caso particular lo constituye la devoción a los mártires y a los santos. El Catecismo de la Iglesia Católica presenta la devoción a los mártires y a los santos dentro del marco más amplio de la comunión de los santos, afirmando que quienes han muerto en la gracia de Dios no están separados de la Iglesia, sino que participan activamente de su vida espiritual. Los mártires ocupan un lugar singular, ya que han dado el testimonio supremo de la fe mediante el derramamiento de su sangre, configurándose de modo eminente con Cristo. La veneración que la Iglesia les tributa —distinta esencialmente de la adoración debida sólo a Dios— reconoce la acción de la gracia divina en ellos y su intercesión eficaz a favor de los fieles que aún peregrinan en la tierra.

El Catecismo subraya que el culto a los santos no oscurece la mediación única de Cristo, sino que la manifiesta y la refuerza, pues toda santidad procede de Él y conduce a Él. Al venerar a los santos, la Iglesia alaba a Dios por su obra en ellos y propone sus vidas como modelos de seguimiento evangélico. Esta dimensión ejemplar es esencial: los santos muestran que la llamada universal a la santidad es concreta y realizable en contextos históricos y culturales diversos.

Así pues, el magisterio de la Iglesia, desde los Padres hasta el Concilio Vaticano II y los pontífices contemporáneos, ha reafirmado constantemente esta comprensión. La constitución dogmática conciliar *Lumen gentium* enseña que los santos “no cesan de interceder por nosotros ante el Padre” y que su culto fomenta la unión de la Iglesia peregrina con la Iglesia celestial (LG 49–50). En continuidad con esta enseñanza, el magisterio reciente ha insistido en el valor pastoral de la devoción a los santos, no como refugio piadoso desligado de la vida, sino como estímulo para una fe vivida, encarnada y misionera, capaz de transformar tanto la vida personal como la comunidad cristiana.

De hecho, recordaba Benedicto XVI, “la Iglesia, durante el Año litúrgico, nos invita a recordar a multitud de santos, es decir, a quienes han vivido plenamente la caridad, han sabido amar y seguir a Cristo en su vida cotidiana. Los santos nos dicen que todos podemos recorrer este camino. En todas las épocas de la historia de la Iglesia, en todas las latitudes de la geografía del mundo, hay santos de todas las edades y de todos los estados de vida; son rostros concretos de todo pueblo, lengua y nación. Y son muy distintos entre sí (...) En la comunión de los santos, que la Iglesia vive gracias a Cristo en todos sus miembros, nosotros gozamos de su presencia y de su compañía, y cultivamos la firme esperanza de poder imitar su camino y compartir un día la misma vida bienaventurada, la vida eterna”³

En este sentido, lejos de ser una fe de segunda categoría, la devoción constituye una vía privilegiada para la transmisión del Evangelio. En Alcoy, la devoción a San Jorge ha

³ Benedicto XVI, Audencia 13.IV.2011.

cumplido precisamente esta función: hacer accesible la fe, integrarla en la vida social y convertirla en una experiencia compartida.

2. San Jorge: la fe vivida como testimonio

Una vez hemos introducido los conceptos de fe y devoción, podemos ahora fijar nuestra atención en nuestro santo patrono. La figura de San Jorge se inscribe en la tradición cristiana de los mártires, aquellos que dieron testimonio de su fe incluso a costa de la propia vida. El martirio no es una exaltación del sufrimiento, sino la expresión suprema de la fidelidad a la conciencia iluminada por la fe.

¿Y cuál era esa fe por la que dieron la vida? Nos la recuerdan el anuncio solemne y tajante de San Pedro, durante los días que siguieron a la Pentecostés: Jesús es la piedra angular, el Redentor, el todo de nuestra vida, porque fuera de Él no se ha dado a los hombres otro nombre debajo del cielo, por el cual podamos ser salvos (Hch 4, 12).

Es el primer anuncio al que se refiere el papa Francisco cuando dice: “en la boca del cristiano vuelve a resonar siempre el primer anuncio: «Jesucristo te ama, dio su vida para salvarte, y ahora está vivo a tu lado cada día, para iluminarte, para fortalecerte, para liberarte». Cuando a este primer anuncio se le llama «primero», eso no significa que está al comienzo y después se olvida o se reemplaza por otros contenidos que lo superan. Es el primero en un sentido cualitativo, porque es el anuncio principal, ese que siempre hay que volver a escuchar de diversas maneras y ese que siempre hay que volver a anunciar de una forma o de otra a lo largo de la catequesis, en todas sus etapas y momentos”⁴.

El libro del Apocalipsis recoge esta dimensión testimonial con palabras de gran fuerza simbólica: “Sé fiel hasta la muerte, y te daré la corona de la vida”⁵. San Jorge representa precisamente esta fidelidad incondicional, una fe que no se reduce a palabras, sino que se traduce en coherencia vital.

El santo patrono de Alcoy, fue martirizado por negarse a renunciar a su fe cristiana durante las persecuciones promovidas por el emperador romano Diocleciano. Según la tradición, Jorge era un oficial del ejército romano que, al proclamarse los edictos imperiales contra los cristianos, declaró abiertamente su fe y rechazó ofrecer sacrificios a los dioses paganos. Esta desobediencia directa a la autoridad imperial fue considerada un grave delito, motivo por el cual fue arrestado.

El martirio tuvo lugar alrededor del año 303 d. C., probablemente en Lydda (Diospolis), en la actual Israel, aunque algunas tradiciones lo sitúan en Nicomedia. Los relatos hagiográficos narran que San Jorge fue sometido a diversas torturas con el fin de hacerlo

⁴ Francisco, exh. apost. *Evangelii gaudium*, n. 164.

⁵ Biblia de Jerusalén, Ap 2,10.

abjurar, pero al mantenerse firme en su fe, fue finalmente ejecutado, probablemente por decapitación. Su constancia ante el sufrimiento consolidó su veneración como mártir desde época muy temprana.

Las principales fuentes sobre su martirio son hagiográficas, especialmente las *Acta Sancti Georgii*, textos antiguos, pero de carácter legendario y no plenamente históricos. Su culto, sin embargo, está firmemente atestiguado desde el siglo IV, y San Jorge aparece mencionado en el *Martyrologium Romanum*. El contexto general de las persecuciones se apoya en fuentes históricas como Eusebio de Cesarea, aunque los detalles concretos de la vida y muerte de San Jorge pertenecen en gran parte a la tradición cristiana posterior. De todos modos, más allá de los detalles históricos concretos, que pertenecen en parte a la tradición hagiográfica, lo esencial para la fe de la Iglesia ha sido siempre el testimonio de fe y devoción del santo que encontramos desde su muerte.

2.1. Desarrollo histórico del culto litúrgico

1. Culto martirial local (siglos IV–V)

El culto al santo mártir Jorge de Capadocia ocupa un lugar destacado en la historia de la devoción cristiana desde los primeros siglos del cristianismo. Su memoria, articulada originalmente en torno al martirio, se expandió con el tiempo en diversas tradiciones litúrgicas y culturales del orbe cristiano. En este contexto, la ciudad de Alcoy (Alicante, España) representa un ejemplo singular de cómo una devoción local adquirió una dimensión comunitaria y festiva perdurable, hasta consolidarse como elemento nuclear de la identidad cívica y religiosa alcoyana.

A continuación, presentaré brevemente el desarrollo histórico del culto litúrgico de nuestro santo Patrón.

Tras su martirio, tradicionalmente fechado en torno al año 303 d. C., san Jorge fue inicialmente venerado en Palestina como mártir en torno a su tumba en Lidda (Diospolis)⁶. Ya en el siglo IV existía una basílica dedicada en ese lugar, atestiguada por peregrinos y fuentes bizantinas, y su memoria aparecía en calendarios litúrgicos orientales tempranos. En esta fase, la veneración se centraba en el testimonio del martirio y la intercesión del santo, sin elementos legendarios desarrollados.

2. Consolidación en Oriente (siglos V–VII)

Durante la consolidación del rito bizantino, san Jorge fue reconocido como uno de los *megalomártyres* (μεγαλομάρτυς), categoría que indica veneración universal⁷. Su memoria se

⁶ Eusebio de Cesarea, *Historia Ecclesiastica*; Hippolyte Delehaye, *Les légendes hagiographiques*, Bruselas, 1905

⁷ Robert Taft, *The Byzantine Rite*, Liturgical Press, 1992

fijó litúrgicamente el 23 de abril con himnografía propia (troparios y kontakia), y su culto se difundió en Siria, Palestina, Egipto y Capadocia⁸ En esta tradición, san Jorge es principalmente un soldado mártir y protector, más que protagonista de leyendas fabulosas.

3. Recepción en Occidente (siglos VI–X)

La veneración al santo mártir se introduce en Roma ya en el siglo VI, con la iglesia dedicada a san Jorge en el Velabro y su inclusión en el *Martirologium Hieronymianum*⁹. La liturgia latina primitiva mantiene un enfoque sobrio, centrado en el martirio sin elementos legendarios, con una misa propia y oficio sencillo.

4. Edad Media y transformación popular (siglos XI–XV)

Durante la Edad Media, especialmente desde las Cruzadas, la figura de san Jorge se asocia con la caballería cristiana y la defensa de la cristiandad.

La legendaria narrativa del combate con un dragón se consolida en la *Legenda Aurea* de Jacobo de la Vorágine (siglo XIII), aunque esta no conforma parte de la liturgia oficial¹⁰. La piedad popular incorpora dramatizaciones, procesiones y votos colectivos, amplificando el culto más allá de la esfera estrictamente litúrgica.

En realidad, entre la Edad Media y la actualidad, el culto a san Jorge experimenta una transformación significativa, marcada por el paso de una devoción esencialmente martirial a una devoción simbólica, identitaria y culturalmente muy diversificada. Durante la plena y baja Edad Media, especialmente a partir de los siglos XI-XIII, su figura se ve profundamente influida por el contexto de las Cruzadas y por la espiritualidad caballeresca. San Jorge es asumido como modelo del *miles Christi*, el soldado de Cristo, y se consolida la

⁸ *Sinaxario de Constantinopla* y colecciones himnográficas orientales

⁹ *Martyrologium Hieronymianum*; Pierre Journel, *Le culte des saints*, París, 1983.

El *Martirologium Hieronymianum* es el martirologio latino más antiguo que se conserva y una de las fuentes fundamentales para el estudio histórico del culto a los mártires y santos en la Iglesia antigua. A pesar de su nombre, no fue escrito por san Jerónimo, sino que se le atribuyó en la Antigüedad por su prestigio como erudito bíblico. Se trata de un calendario litúrgico que recoge, día por día, los nombres de mártires y santos venerados en diversas Iglesias locales, principalmente de Oriente y Occidente. Su redacción se sitúa entre finales del siglo V y comienzos del siglo VI, probablemente en el ámbito de la Galia o del norte de Italia, y se basa en fuentes más antiguas: calendarios romanos, listas africanas y orientales, y tradiciones locales hoy perdidas. Desde el punto de vista crítico, el *Martirologium Hieronymianum* presenta numerosas dificultades textuales: errores de transmisión, duplicaciones de nombres, deformaciones geográficas y cronológicas. Sin embargo, su valor histórico es extraordinario, ya que permite reconstruir la difusión primitiva del culto a los mártires, identificar centros de veneración y seguir la evolución de los calendarios litúrgicos. Por ello, sigue siendo una fuente imprescindible para la hagiografía, la liturgia y la historia del cristianismo antiguo.

¹⁰ Jacobo de la Vorágine, *Legenda Aurea*; André Vauchez, *La sainteté en Occident*, Albin Michel, 1988.

célebre leyenda del dragón, difundida por la Legenda Aurea. Como acabamos de decir, esta narración nunca se integrará de manera estricta en la liturgia oficial, pero sí impregna poderosamente la piedad popular, el arte, la iconografía y las fiestas, favoreciendo su adopción como patrón de reinos, ciudades y corporaciones. Así por ejemplo será nombrado patrono de Georgia, Inglaterra, Serbia, Grecia, Rusia y de los reinos de la Corona de Aragón.

En la Edad Moderna, el culto a san Jorge se mantiene estable, pero sufre un proceso de racionalización litúrgica. La Iglesia, especialmente tras el Concilio de Trento, refuerza la distinción entre liturgia y devoción popular, preservando la celebración de san Jorge como mártir histórico, mientras las expresiones legendarias quedan relegadas al ámbito cultural y festivo. En este periodo se consolida su presencia en fiestas cívico-religiosas, procesiones, cofradías y patronazgos locales —como en Inglaterra, Cataluña, Aragón o ciudades como Alcoy— donde san Jorge se convierte en símbolo de identidad colectiva, memoria histórica y cohesión social.

Por último, en la época contemporánea, tras la reforma del calendario romano de 1969, san Jorge conserva su memoria litúrgica el 23 de abril, lo que confirma la solidez y universalidad de su culto pues hubo una reducción drástica de muchas celebraciones de los santos para dejar libres los domingos y ferias de los tiempos fuertes como Cuaresma y Pascua.

En las Iglesias orientales sigue siendo uno de los mártires más venerados, con una fuerte centralidad litúrgica. En Occidente, su figura vive una doble permanencia: por un lado, en la liturgia oficial, sobria y centrada en el martirio; por otro, en la religiosidad popular, las fiestas patronales y las tradiciones culturales, donde continúa siendo un referente de protección, testimonio cristiano y lucha espiritual. Así, desde la Edad Media hasta hoy, el culto a san Jorge muestra una notable capacidad de adaptación histórica, manteniendo su núcleo teológico mientras dialoga con contextos sociales y culturales cambiantes.

2.3. El culto a san Jorge en Alcoy: tradición, liturgia y fiesta

La devoción a san Jorge en Alcoy se remonta al periodo de la reconquista cristiana en el siglo XIII. La ciudad fue reconquistada y repoblada por la Corona de Aragón hacia 1245 bajo Jaime I, época en que la devoción a san Jorge estaba ya muy extendida en el ámbito aragonés por la tradición asociada a la batalla de Alcoraz (1096).

En la Reconquista "*Sant Jordi, firam firam*" era el grito de guerra de la antigua Corona de Aragón y los reinos que la integraban¹¹. Según la memoria local, durante un ataque del caudillo moro Al-Azraq en 1276, los alcoyanos invocaron la protección de san Jorge, cuya

¹¹ Asociación de San Jorge, historia de la devoción en Alcoy. "*Sant Jordi, firam firam*" es un antiguo grito de batalla en catalán, que significa "¡San Jorge, golpead, golpead!" o "¡Ferir, ferir!", utilizado históricamente para invocar al santo patrón en la batalla y la defensa, especialmente en el Reino de Valencia y Cataluña, y se asocia con la bravura y la protección en momentos de peligro.

intervención celestial condujo a la victoria cristiana, tras lo cual fue proclamado **patrón de la ciudad**¹².

La promesa de erigir un templo en su honor y guardar anualmente su fiesta se formalizó desde entonces, con la existencia de una **ermita dedicada a san Jorge** ya a principios del siglo XIV. Esta edificación fue objeto de sucesivas restauraciones y culminó en el actual templo, bendecido en 1921, de planta central neobizantina y rico programa iconográfico asociado al patrón.

3. San Jorge y Alcoy: una devoción que construye identidad

Así pues, como acabamos de decir, la devoción y el culto al Santo se hallaban muy extendidos en estos territorios desde 1096 tras su intervención en la batalla de Alcoraz que propició la conquista de Huesca. Así se explica que cuando el caudillo moro Al-Azraq, antiguo señor de la Vall d'Alcalà, expatriado a Granada tras su rebelión en 1258, intentase recuperar sus territorios y atacase Alcoy en la primavera de 1276, relate la tradición, la defensa que hicieron los alcoyanos con Mossen Torregrossa invocando la protección Divina, y la celestial intercesión de San Jorge, a quién los sarracenos conocían como "Walí", que en blanco caballo recorría la muralla desbaratando las huestes de Al-Azraq que murió en el combate.

La tradición pues sitúa en el año 1276 el origen del patronazgo de San Jorge sobre Alcoy. En un contexto histórico marcado por la inseguridad y el conflicto, el pueblo interpretó la protección recibida como un signo de la intercesión del santo. Más allá de la interpretación histórica del episodio, lo decisivo fue la respuesta de la comunidad: Alcoy confió su destino a San Jorge y lo reconoció como protector y referente. Aclamado como Patrón de Alcoy, a raíz de esa histórica batalla, los alcoyanos prometieron erigirle un templo y guardar anualmente su fiesta.

El día del santo Patrón, el 23 de abril, se ha guardado como de precepto local desde tiempo inmemorial, celebrándose cultos y funciones religiosas y profanas en su honor. Y desde entonces, la devoción a San Jorge ha sido un elemento vertebrador de la vida colectiva. Ha dado lugar a celebraciones, ritos y manifestaciones culturales que han contribuido a reforzar el sentido de pertenencia y de identidad compartida.

El papa Francisco recuerda que la fe no es una realidad aislada ni puramente individual, sino que se fortalece en la comunión: "La fe se fortalece cuando se comparte"¹³. Las fiestas de Moros y Cristianos, en este sentido, constituyen una auténtica catequesis popular, donde historia, símbolo y emoción se entrelazan para transmitir una memoria viva.

¹² Tradición local recogida por fuentes festivas y municipales.

¹³ Francisco, Homilía, 24 de marzo de 2013.

4. Devoción transmitida: memoria viva del pueblo

Una de las características más significativas de la devoción a San Jorge en Alcoy ha sido su transmisión intergeneracional. La fe y la devoción no se han transmitido únicamente a través de enseñanzas formales, sino mediante la experiencia compartida: relatos familiares, gestos repetidos, celebraciones anuales y tradiciones vividas.

La Palabra de Dios subraya la importancia de esta transmisión viva de la fe cuando afirma: “Lo que oímos y aprendimos, lo que nos contaron nuestros padres, no lo ocultaremos a nuestros hijos”¹⁴. La devoción se convierte así en memoria viva, en herencia compartida.

En palabras del papa Francisco, “la tradición no es custodiar las cenizas, sino conservar el fuego”¹⁵. En Alcoy, ese fuego ha sido mantenido encendido durante siglos por una devoción que ha sabido adaptarse a los cambios históricos sin perder su raíz espiritual.

5. Fe y devoción hoy: reto y responsabilidad

El último punto al que conviene referirse es el del contexto cultural actual, que plantea desafíos evidentes a la vivencia de la fe y de la devoción. En una cultura marcada por la prisa, el consumo y la primacía de la imagen, existe el riesgo real de que las expresiones devocionales se vacíen de su contenido espiritual y se reduzcan a mera costumbre, folklore o incluso espectáculo, perdiendo su referencia viva al misterio de Dios. San Juan Pablo II advertía ya con lucidez que “una fe que no se hace cultura es una fe no plenamente acogida, no totalmente pensada, no fielmente vivida”¹⁶. Sin embargo, este mismo contexto cultural, con sus búsquedas y contradicciones, ofrece también una oportunidad providencial para purificar, renovar y profundizar la devoción, de modo que recupere su fuerza evangelizadora y su capacidad de diálogo con el hombre contemporáneo, mostrando que no es una huida de la realidad, sino una forma concreta de habitarla desde Dios.

En este sentido, resulta fundamental afirmar que fe y cultura están llamadas a dialogar y enriquecerse mutuamente. Como recordó Benedicto XVI en uno de los textos más significativos de su magisterio, “no actuar según la razón es contrario a la naturaleza de Dios”, subrayando así que la fe cristiana no se opone a la razón, sino que la presupone y la eleva¹⁷. Esta alianza fecunda protege a la fe del sentimentalismo vacío y a la cultura del relativismo estéril. Una fe encerrada en sí misma, incapaz de confrontarse con las preguntas

¹⁴ Biblia de Jerusalén, Sal 78, 3-4.

¹⁵ Francisco, Discurso a la Curia Romana, 21 de diciembre de 2015.

¹⁶ Juan Pablo II, Carta a los participantes en el Congreso Nacional del Movimiento Eclesial de Compromiso Cultural, 16 de enero de 1982

¹⁷ Benedicto XVI, Discurso en la Universidad de Ratisbona, 12 de septiembre de 2006.

y los lenguajes de la cultura, corre el riesgo de perder su capacidad de iluminar la vida; pero una cultura que pretende prescindir de Dios acaba por olvidar el fundamento último de la verdad y del bien.

En esta misma línea, el papa Francisco recuerda que “la fe auténtica —que nunca es cómoda ni individualista— siempre implica un profundo deseo de cambiar el mundo”¹⁸, y que solo desde la apertura a la trascendencia es posible una libertad verdaderamente humana, enraizada en el amor y en la verdad.

Estas reflexiones adquieren un significado especialmente elocuente en el contexto de las fiestas de Moros y Cristianos de Alcoy, celebradas en honor a san Jorge, que no es solo un personaje histórico o simbólico, sino un testigo de la fe, un mártir que confesó a Cristo hasta el extremo. Cuando la fiesta se separa de esta raíz, corre el riesgo de convertirse en una representación vacía, admirable por su belleza y su organización, pero desprovista de su alma. Por el contrario, cuando la celebración conserva viva su dimensión creyente, se transforma en un auténtico lenguaje cultural de la fe, capaz de unir tradición, identidad y evangelización, tal como deseaba san Juan Pablo II cuando animaba a que la piedad popular fuera “un verdadero encuentro con Cristo vivido en la Iglesia”¹⁹.

Conservar la base de fe de estas celebraciones no significa empobrecerlas ni cerrarlas, sino todo lo contrario: significa custodiar aquello que les da sentido, aquello que las ha hecho perdurar en el tiempo y hablar a generaciones muy diversas. San Jorge, como modelo de valentía cristiana y de fidelidad al Evangelio, sigue siendo hoy una llamada a vivir una fe coherente, pública y encarnada en la historia. Que las fiestas de Alcoy continúen siendo, por tanto, no solo motivo de legítimo orgullo cultural, sino también un espacio donde la fe pueda expresarse con dignidad, profundidad y belleza, ayudando a que tradición y esperanza sigan caminando juntas hacia el futuro.

Celebrar los 750 años de San Jorge como patrón de Alcoy es, por tanto, una ocasión privilegiada para renovar el sentido de esta devoción y proyectarla hacia el futuro.

Conclusión

Setecientos cincuenta años después, San Jorge continúa siendo una referencia viva para Alcoy. No solo como recuerdo histórico, sino como símbolo de fidelidad, valentía y esperanza. La unión de fe y devoción ha permitido que esta relación perdure en el tiempo y siga dando sentido al presente.

San Jorge, con el ejemplo de su vida entregada por completo al servicio de Dios, nos recuerda, con palabras de León XIV que “la Iglesia y el mundo no necesitan personas que

¹⁸ Francisco, exh. apost. *Evangelii gaudium*, 183.

¹⁹ Juan Pablo II, exh. apost. *Ecclesia in Europa*, 66.

cumplen con sus deberes religiosos mostrando su fe como una etiqueta exterior; necesitan, en cambio, obreros deseosos de trabajar en el campo de la misión, discípulos enamorados que den testimonio del Reino de Dios dondequiera que se encuentren. Quizás no falten los “cristianos de ocasión”, que de vez en cuando dan cabida a algún buen sentimiento religioso o participan en algún evento; pero son pocos los que están dispuestos a trabajar cada día en el campo de Dios, cultivando en su corazón la semilla del Evangelio para luego llevarla a la vida cotidiana, a la familia, a los lugares de trabajo y de estudio, a los diversos entornos sociales y a quienes se encuentran en necesidad”²⁰.

Que este año jubilar nos ayude, de la mano de san Jorge, a vivir una fe más consciente y una devoción más auténtica, y así “permanezcamos firmes y constantes, progresando siempre en la obra del Señor”²¹.

²⁰ León XIV, Ángelus 6.VII.2025.

²¹ Biblia de Jerusalén, 1 Cor 15,58.